

## **EL HUMOR EN *FOLKLORE TACHIRENSE* DE LUIS FELIPE RAMÓN Y RIVERA**

**Anderson Jaimes R.**  
**Doctorado en Antropología de la ULA**  
**Museo del Táchira**  
[andersonjaimes@gmail.com](mailto:andersonjaimes@gmail.com)

Recibido: 24-02-2018  
Aceptado: 15-05-2018

### **RESUMEN**

Luis Felipe Ramón y Rivera (1913 – 1993) es el autor de la recopilación más importante sobre la cultura popular tachirense. Utilizando una metodología de avanzada para entonces, intenta realizar diversos análisis y categorizaciones del material recopilado. Un elemento constante dentro de la tradición oral recogida en *Folklore tachirense* lo constituye la categoría “humor”. El autor nos muestra una forma muy particular de humor que tienen los tachirenses y que lo hacen realmente original.

**Palabras clave:** humor, Táchira, cultura popular, tradición oral, folklore.

### **HUMOR IN *FOLKLORE TACHIRENSE* BY LUIS FELIPE RAMÓN Y RIVERA**

### **ABSTRACT**

Luis Felipe Ramón y Rivera is the author of the most important collection about traditional culture of Táchira (Venezuela). Using an advanced methodology by then, he tries to do several analyses and

categorizations of the material collected. A constant element within the oral tradition collected in *Folklore tachireense* is the “humor” category. The author shows us a very particular way of humor that the inhabitants of Táchira have with some characteristics that make it really original.

**Keywords:** humor, Táchira, traditional culture, oral tradition, folklore.

## L’HUMOUR DANS *FOLKLORE TACHIRENSE* DE LUIS FELIPE RAMÓN Y RIVERA

### RÉSUMÉ

Luis Felipe Ramón y Rivera est l’auteur de la plus importante collection sur la culture populaire de Táchira (Venezuela). En utilisant une méthodologie déjà avancée sur son époque, il essaie d’effectuer diverses analyses et catégorisations du matériel collecté. Un élément constant de la tradition orale recueillie dans *Folklore tachireense* est la catégorie «humour». L’auteur nous montre une manière très particulière d’humour que les habitants de Táchira ont avec certaines caractéristiques qui le rendent vraiment original.

**Mots-clés:** humour, Táchira, culture populaire, tradition orale, folklore.

El texto más importante dedicado a la cultura popular tachirense lo constituyen los estudios de Luis Felipe Ramón y Rivera, realizados con el apoyo de Isabel Aretz y conocido bajo el título *Folklore tachirense*. Estos fueron publicados por la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses bajo los números 24 y 25, que comprenden los volúmenes 1 y 2 del primer tomo aparecido en 1961, y el número 37 de 1963 correspondiente al tomo segundo. El trabajo es el resultado de las investigaciones iniciadas por el maestro Ramón y Rivera en el año 1947. En ese año y los sucesivos 1954, 1956, 1958 y 1960, el autor emprendió diversos viajes desde Caracas al Táchira profundo de su infancia, los cuales se concretaron gracias al apoyo de otro tachirense, el colonense Ramón J. Velásquez.

Ramón y Rivera fue inspirado por las novedosas teorías de la antropología cultural de entonces, influenciada por autores como James Frazer (1986). De ahí procede el uso de la definición de folklore como "...parte de la vida material y social de los pueblos", que permitía "...un mejor conocimiento de estos" (Aretz, 1976, p. 19). Al mismo tiempo, se estaba muy consciente de que el registro y recopilación de estas manifestaciones salvaría del olvido muchas piezas literarias y musicales de tradición oral, lo mismo que invaluable conocimientos empíricos y experiencias técnicas y artesanales.

Para realizar esta recopilación, Ramón y Rivera utilizaría cintas magnetofónicas, aquellos gigantescos "riles" que durante mucho tiempo usaron las emisoras de radio, como soporte de registro de su metodología investigativa de observación participante. El registro fotográfico fue otro valioso aporte de esta investigación. Estos materiales fueron transcritos, clasificados y estudiados bajo la metodología utilizada por las ciencias sociales de entonces, pero presentados de una forma sencilla para permitir su fácil lectura y comprensión.

El mismo autor fue protagonista de estas narraciones cargadas de picardía y de una manera muy particular de ver las cosas. En una entrevista realizada después de una conferencia dada en la antigua casona de la Casa de la Cultura de San Juan de Colón, y publicada en el periódico *El Colonense*, narra lo siguiente:

—*Es una creencia que tenía el esposo de mi tía y los carpinteros que trabajaban con él aquí en Colón, que cuando una urna traqueaba se vende al día siguiente, porque el espíritu de la persona que se va a morir se está midiendo el ataúd que va a utilizar.*

—*Cómo sería el susto de su tío.*

—*Más que susto gusto, porque iba a entrar una platica que mucha falta hacía para alimentar a la catorcera de mis primos* (El Colonense, 1979, p. 24).

Y es que “salidas” o respuestas como estas, son señales de un muy particular sentido del humor, que responde a una lógica compartida por los habitantes de los Andes tachirenses. Es una de las señales de esa identidad cultural que particulariza a los nacidos de esta tierra respecto a los pobladores de otras regiones.

Otra anécdota ilustrativa de esto es la siguiente:

*En una ocasión quise hacerle una conversa a un viejo carpintero colonense, al que se me ocurrió decirle:*

—*Don Tito, el día está bastante fresco, ¿verdad?...*

*A lo que el venerable anciano de unos 92 años contestó:*

—*Si mijo... ¡no ve que es de hoy!* (Ramírez, 2008, p. 11).

Ejemplos como este abundan en la literatura oral popular de la región, una de las más ricas del país por su gran cantidad de ma-

nifestaciones tanto en prosa como en verso, así como en modos mixtos, aderezados por el habla tradicional campesina que la dota de un sabor muy particular. A pesar de tener una gran cantidad de palabras indígenas, el habla tachirenses se forma en la época colonial con la influencia de los grupos andaluces y aragoneses que formaron parte de las hordas que invadieron estos territorios. De los primeros, que se quedaron por la similitud de su clima y ambiente europeo, se conserva un léxico muy similar, aunque con una fonética que comienza a diferenciarse.

Igualmente el uso de arabismos y el relajamiento del sistema consonántico. De los segundos el seseo, el voseo y algunos giros fonéticos. Toda esa mezcla con otros grupos europeos y la persistencia de unos modos de expresión y construcción gramatical de los pueblos originarios, van a ser el origen de un conjunto de vocablos propios, así como de algunas formas propias de estas regiones españolas olvidadas ya en Europa: *mesmo, naide, truje, nascencia, sepoltura, endenantes, anque, cuasi, asconder, mantención*, etc. (Chiossone, 1977, p. 42).

Así, con esta forma tan particular de hablar y de pensar, surge la oralidad tachirenses. En sus expresiones no falta la picardía, la burla, la resistencia cultural, el doble sentido de las palabras y frases, y quizá, también, una forma de evadir y suavizar las penas y sufrimientos del duro quehacer de todos los días. Por eso, cuando una madre despierta a su hijo al inicio de una agotadora faena, lo estimula con un verso esperanzador que encuentra una no menos picaresca pero reflexiva respuesta:

—*Hijo levántate, que uno que madrugó, una bolsa de plata se encontró.*

—*Más madrugó el que la perdió*  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 154).

A esa misma filosofía, inspirada en la resistencia ante el trabajo alienante que sólo beneficia al propietario, corresponde esta otra sentencia: “El que espera viene/ y el día se va llegando/ uno es el que labra el trompo/ y otro lo carga bailando” (Ramón, 1961, p. 154).

Y es que el campesino debe trabajar duro para conseguir las cosas. Así lo refleja el refranero popular, muestra de la sabiduría del pueblo, y en el cual, a pesar de su valor moralizante, se encuentra un dejo de humor muy fino; como este refrán colonense transmitido por don Víctor Rivera, de ochenta y cuatro años de edad para 1960: “El que quiere coger panche bocón/ tiene que meter el culo en el Chorrerón” (Ramón y Rivera, 1961, p. 157).

El Chorrerón es un antiguo pozo de la quebrada La Sanjuana, donde los colonenses pescaban “panches” o bagres. Ramón y Rivera dice de este que se trata de “...un refrán netamente tachirense y significa que hay que trabajar duro para conseguir las cosas” (Ramón y Rivera, 1961, p. 157).

En esta recopilación de literatura en prosa, el autor ofrece piezas de indudable interés social, psicológico, histórico y geográfico: narraciones de hechos y acontecimientos que marcaron la vida de los pueblos y aldeas tachirenses y que se fueron transmitiendo de generación en generación. Algunas quedaron como simples frases:

*Cuando hablan las enjalmas. Frase de uso general para significar algo muy antiguo*  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 159).

*Pa la ñara, dijo Lucas. Dicho de Pregonero, cuando uno hecha vaina a otro* (p. 160).

*La puerta es de los necios. Después de viejo sarna* (p. 160).

*No se puede, dijo Rangel en Capacho (p. 161).*

*En San Antonio de Caparo, cuando pasa una mujer bonita dice uno —ahí hay agua en ese pozo—. Y el otro contesta —pero tiene sabañón—. Aquí se reúnen dos dichos. El primero significa que allí hay algo bueno. Y el segundo “pero peligroso” o “tiene dificultades” (p. 162).*

De las expresiones de la literatura oral, es en los cuentos donde los viejos campesinos tachirenses dejan correr su vibrante imaginación. Sueños y aspiraciones parecen hacerse realidad en ellos. Sin llegar a fijar una categoría sobre el tema, el autor alude a dos clasificaciones donde el humor es el eje transversal de las narraciones. Por un lado, se encuentran los “cuentos picarescos y fantásticos”, donde intervienen personajes idealizados que se mezclan con otros más cercanos a la realidad. Así los reyes, el ladrón Aguilino (un pícaro muy nombrado a comienzo del siglo XX en las narraciones tachirenses), los esclavos y soldados, se mezclan con leñadores, carpinteros, herreros, con el vivo y el bobo, con el humilde afortunado y el vecino envidioso, con el compadre rico y el compadre pobre, con la bonita y la fea. En fin, un sinnúmero de personajes protagonistas de situaciones donde el héroe o la heroína resultan premiados, los encantos se rompen y donde el pequeño e indefenso triunfa sobre el grande y fuerte.

En los “cuentos picarescos y humanos”, se encuentran historias dentro de un contexto muy real. Son cuentos de ingenio, de viveza, de engaño y bromas en que el protagonista triunfa sobre su rival al dejarlo burlado. De estos personajes sobresale el pícaro, el antihéroe sin opciones de movilidad social. Todo dentro de un complejo itinerario humano que reaparece con múltiples nombres e identidades, en correspondencia con las expectativas de cada época. El pícaro por

excelencia es Pedro Rimales, Pedro Arrimales, o Pedro Urdemales, presente en la tradición oral castiza desde mediados del siglo XVI.

Se puede identificar así una de las primeras características del humor tachirenses, mencionado con insistencia por Ramón y Rivera: el personaje de “el pícaro”. Inspirado por los aventureros venidos a estas tierras durante los siglos XV y XVII, personas de carne y hueso pero también personajes de esos libros que comienzan a circular en estas tierras. Se trata, especialmente, de antiguos soldados de las guerras europeas o del proceso de conquista y colonización americana. Provenían de clases superiores venidas a menos, que, al finalizar su labor en las milicias, se valen de sus antiguos conocimientos sobre las formas de conducta y trato para acercarse a los hidalgos y sacar provecho de ellos y de su superior condición socioeconómica. Estos hidalgos pertenecían a las clases sociales fervientemente católicas y monárquicas, lo que explica la presencia en esas narraciones de representantes idealizados de aquellas y mostrados como reyes, nobles, ricos, curas, bachilleres, etc. Un ejemplo de estos “cuentos picarescos humanos” es conocido como “Las gallinas”, recogido en 1954 en Laguna de García, de Don Simón Pérez, con setenta y dos años de edad:

*Estaba la mujer en dieta y le dijo al marido ¿qué hacemos? No tenemos padrino para el niño. Le dijeron al padre que si quería ser el padrino y el padre dijo ¡cómo no!, que él buscaba otro padre para que lo bautizara. Lo bautizaron. Y dijo el hombre que tenían que hacerle una fiesta al padre. Y pusieron a engordar dos gallinas para darle comida al padre, cuando completara la dieta la mujer. Convidaron al padre. Se levantaron de madrugada, calentaron el agua; les sacaron el puro menudo no más. Le puso aliño a la olla y le dijo al marido, con intención que se alejara de la casa, que buscara yuca tierna. Y coció las gallinas. La mujer salió pa afuera y dijo: ¿cómo haría*

*yo para jartarme estas gallinas sola? En eso llegó el padre. El padre era compadre y querido de la mujer a la vez. Y preguntó el padre en qué andaba el marido y la mujer dijo que estaba buscando una navaja para caparlo y el cura se asustó y salió corriendo. En eso llegó el marido con la yuca y le preguntó por qué se había ido el padre y la mujer le dijo que el padre se había llevado las gallinas pa comérselas en la casa cural con calma. Y el hombre se fue y le gritó al padre: ¡padre de las dos déjeme una! Y contestó el padre ¡ni de las dos ni de ninguna!*

(Ramón y Rivera, 1961, p. 274).

Otra clasificación asomada por Luis Felipe Ramón y Rivera, la constituye el doble sentido. Esto consiste en la enunciación de palabras o frases de tal manera que, a pesar de leerse u oírse de una determinada forma, significa realmente otra distinta. Muchas adivinanzas que aún se dicen en los campos tachirenses, conservan este elemento propio de construcciones literarias humorísticas. Algunas de ellas eran usadas en los “velorios de gente grande”, entre las pausas de un rezo a otro, o entre las personas que se quedaban fuera de donde estaba el difunto. Constituían una forma de diversión y de hacer más llevadera la larga y fría noche del velorio. La primera es recogida en 1960 en Lobatera, contada por Agripina Colmenares, de cuarenta y cinco años de edad:

*La mujer que por su gusto  
se deja romper el cuero  
las bolas quedan colgando  
y el palo entre el agujero.*

—Los zarcillos— (Ramón y Rivera, 1961, p. 317).

O estas otras, suministradas por Margarita Chacón, de treinta y siete años, habitante de San Simón en 1960:

*Debajo te tengo  
y encima estoy  
si no te lo meto  
pendejo soy.*

—*El zapato*—” (Ramón y Rivera, 1961, p. 321).

*En las manos de las damas  
con frecuencia estoy metido  
unas veces estirado  
otras veces encogido.*

—*El abanico*—” (p. 321).

Existen otras formas de ese doble sentido que se puede encontrar en las coplas llamadas “versos” o “poesías”, las cuales acompañan los cantos de trabajo, las diversiones, los velorios de angelitos y los bailes. Estas son catalogadas como picarescas por el autor, categorización hecha sobre la forma ocurrente de presentar los temas en cuestión, por la forma de presentar determinadas realidades, o por la lectura muy distinta que se hace de lo cotidiano. En fin, de un doble sentido muy sutil que se puede encontrar en las cuartetas de versos pares o impares, de rima perfecta o consonante, imperfecta o asonante. Muestra de ello se puede encontrar incluso en los tiernos cantos de cuna o arrullos, llamados tururú o cantos para turear y que tienen siempre la misma melodía.

El primero de ellos es compartido por Natalia de Maldonado, de treinta y cuatro años de edad, residente en la aldea Guineas, municipio Ureña, en 1960: “Dormite mi niño/ sin tanto alboroto/ tu papa y tu mama/ están haciendo el otro” (Ramón y Rivera, 1961 I: 360). El segundo, por Azael Uzcátegui, de cuarenta y cinco años, natural de El Paradero, municipio Uribante, en 1959: “Dormite mi

niño/ dejá de llorar/ que sólo tu mama/ te puede aguantar” (p. 361).  
Ambas coplas son hexasílabas.

El tema es recurrente en otras formas literarias donde se mezcla realidad y fantasía; como las que se presentan en estas cuartetos octosílabas de Celestino Ramírez y Ángel María Mora, de San Joaquín de Navay y El Fical, respectivamente:

*Las muchachas de mi tierra  
me llaman tigre cebao  
porque cuando van por leña  
me encuentran encaramao”*  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 402).

*Una novia que yo tuve  
todas las efes tenía  
era fea, flaca, floja/  
fregona, frágil y fría* (p. 404).

El octosílabo es el metro preferido por los tachirenses para el canto de coplas o “cantas” que acompañaban el “canto a la cuerda”, el baile y los cantos de trabajo. Con este se hacen las famosas bombas que se recitan en una especie de contrapunteo entre parejas. Se cantan en golpes como “La buenamoza”, “El galerón”, “El gobierno”, “La guacharaca”, “La yuca”, “La Lumbarda”. En Pregonero se cantaron estas bombas en 1954. Con temas de amor y picardía, los hombres se las dedicaban a sus parejas durante breves pausas en el baile, y ellas inmediatamente les respondían con la misma gracia:

*Por ser la primera vez  
que bailo pato bombeao  
la boca de mi pareja  
parece un plato quebrao.*

*Ese verso que me echaste  
lo sacaste de un pantano  
y con otro que me echés  
tenés cara de marrano”*  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 448).

O estos otros, perteneciente a distintos géneros bailables:

*Dicen que los barrigones  
son los dueños de la plata  
yo también soy barrigón  
y estoy peleando una lata*  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 404).

*La carta que te pedí  
algunos borrones fueron  
y en acordarme de ti  
son lágrimas que cayeron* (p. 405).

Otro elemento presente en los versos tachirenses recabados en esta publicación, es la sátira o burla a situaciones propias del diario vivir del tachirense. Celestino Ramírez recuerda a dos personajes de los años 40 de San Joaquín de Navay, el cojo Solano Ramírez y el tuerto Sixto Molina:

*Sixto Molina y Solano  
se quieren como hermanitos  
el uno carga la jaula  
y el otro los pajaritos.  
En señor Sixto Molina  
el que vive en el barranco  
desde lejos se conoce*

*porque tiene un ojo blanco.  
Ayer pasé por la rueda  
y le pregunté al romero  
que si no ha visto pasar  
a Solano Pata 'e Cuero  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 460).*

O este, donde aflora la nostalgia de la niñez perdida y la dura adultez, cantada por Justino Ruiz en la Lobatera de 1947:

*Cuando yo estaba chiquito  
me quería mamá Manuela  
y ora que estoy grandecito  
me arrempuja y me echa muela.  
Cuando yo estaba chiquito  
todas me querían besar  
y ahora que estoy grandecito  
todas se hacen del rogar.  
Cuando yo estaba chiquito  
me quería mamá Francisca  
y ahora que estoy grandecito  
me arrempuja y me pellizca  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 461).*

Una característica muy presente dentro de estas composiciones es el uso de palabras consideradas como obscenas, vulgares, subidas de tono, coloradas o groseras. Las mismas son resonancia del lenguaje popular español y su rechazo hace referencia a un proceso muy peculiar surgido en estos territorios durante la época colonial. A partir del siglo XVI y hasta el XVIII, se da un proceso llamado por algunos autores como “hidalguización” (Chiossonne, 1977). Esta realidad se construye como consecuencia del arribo a estas tierras

de monjes fundadores de conventos: el agustino de San Cristóbal y el franciscano de La Grita; de los sacerdotes de las primeras parroquias eclesiásticas, así como de un grupo de funcionarios formados en profesiones liberales o al servicio de la Corona, y por ello pertenecientes a la clase culta. Ellos vienen a constituirse como un sector proporcionalmente numeroso.

Paralelamente a ellos, comienzan a llegar los libros que fueron difundiendo y marcando los modos lingüísticos de esos grupos. Textos de filosofía, religión, literatura y derecho comenzaron a marcar cuáles eran las buenas y malas palabras. Pronto los comarcanos buscaron adoptar los usos lingüísticos, el tratamiento y el estilo de estos clérigos, burócratas y profesionales. La dependencia que la región tuvo del virreinato de la Nueva Granada, con su aristocrática Santa Fe de Bogotá, originó que muchos de esos funcionarios, acostumbrados a las maneras de la corte del virrey, fuesen designados a esta región. Se debe recordar que, hasta antes de 1777, estaba prohibido, sin pasaporte expedido en Tunja o Bogotá, el paso hacia la Capitanía General de Venezuela, cuya frontera se ubicaba en Trujillo.

Sin embargo aún quedaron, en la literatura oral tachirensis, sobrevivencias de la “lengua vulgar” española:

*Mi chatica es muy bonita  
lo que tiene es muy tetona  
y debajo de una teta  
hizo un nido una ratona  
(Ramón y Rivera, 1961, p. 405).*

*Allá arriba en aquel alto  
hay una mata de arroz  
donde cagan los pollitos  
mucho mierda para vos (p. 449).*

*Allá arriba en aquel alto  
hay una mata de ají  
donde cagan los pollitos  
mucho mierda para ti (p. 449).*

Situaciones protagonizadas por animales son también motivos humorísticos de la poesía tachirense recopilada en la monumental obra de Ramón y Rivera. Algunas de ellas se encuentran en forma de décimas, que realmente son composiciones largas llamadas también diez renglones o palabras; como esta, transmitida por Eulogio Scola, de Estación Táchira en 1960, uno de los fundadores de la única cofradía de chimbangueles para honrar a San Benito:

*Dijo Francisco a su gallo  
después que lo vio quebrado  
con vos preparo un guisado  
porque con hambre me hallo  
yatenés el pico fallo  
y tu edad muy avanzada  
estáis enfermo y de nada  
me servís en adelante  
y tu muerte en el instante  
por la ley está firmada.*

*Si fueras agradecido  
no me pagaras así  
y cuidarías de mí  
con esmero distinguido  
que hallándome mal herido  
peleé con ánimo fuerte  
tan sólo por defenderte  
los reales de un precipicio  
y en pago de este servicio  
es sentenciarme la muerte.*

*Yo no niego que vos  
 muchos reales me habéis dado  
 pero ya estáis en estado  
 de componerte en arroz  
 comeré yo y otros dos  
 amigos que convidé  
 yo mucho lo sentiré  
 pero hay que cumplir la ley /  
 resígnate camaguey/  
 que ya el pailón lo monté  
 (Ramón y Rivera, 1961, p. 449).*

Son muchas más las expresiones literarias donde encontramos estas muestras del particular humor tachirense: los testamentos de año viejo, los programas de misa de aguinaldo, las canciones de amor y otras. Y es que el humor llega incluso a las íntimas esquelas de los novios. Ejemplo son estos versos escritos por Armando Olivares alrededor de 1920, cuando su novia Heraclia Colmenares rompe con él tras comprobar que, después de mucho tiempo, su galán seguía prefiriendo el néctar de la caña que el dulce sabor de sus besos: “Ni tú me quieres ni yo te adoro/ víctima somos de igual error/ yo no soy digno de tu desprecio/ ni tú eres digna de tanto amor (Ramírez, 2008, p. 11).

## CONCLUSIÓN

Luis Felipe Ramón y Rivera (San Cristóbal, 23 de agosto de 1913 – Caracas, 22 de octubre de 1993) ha dejado a su tierra natal la recopilación más completa de las manifestaciones de su cultura popular. Sus análisis y categorías resulta el punto de partida para la comprensión del modo de ser andino. A pesar de haber pasado más de cincuenta años de la publicación de *Folklore tachirense*, poco o nada se ha hecho en la dirección de continuar profundizando en el estudio y comprensión de la cultura regional. El humor resulta tener

recurrencia dentro de la literatura oral tachirense. El trabajo de Ramón y Rivera permite una aproximación a su muy particular estructura, donde se destaca, entre muchas otras que quedan pendientes por estudiar, el uso de una forma particular del habla con palabras únicas, producto de un proceso histórico que hunde sus raíces en la Colonia.

Una lógica surgida de las coyunturas históricas culturales que acompañan el devenir de una provincia aislada de los grandes centros políticos y económicos, con una vida especialmente independiente.

Un escape de las duras faenas mediante la banalización del duro trabajo.

El recuerdo de acontecimientos históricos y cotidianos, especialmente hilarantes.

La imaginación y fantasía de los cuentos fantásticos y la recreación de viejas aspiraciones en los cuentos humanos.

La presencia de personajes que representa al pícaro, aquel que aspira movilidad social imitando la hidalguía de otros grupos donde nunca tendrá cabida.

El doble sentido de frases y palabras construidas con una gracia que se extiende por la poesía, la música y todas las expresiones de la rica y fecunda oralidad tachirense.

La burla a sí mismo, expresión de máxima sabiduría.

El uso de palabras consideradas prosaicas pero que realmente son producto de una resistencia cultural ante procesos de hidalguización o transculturización, sostenida en el interior de las clases campesinas menos favorecidas, como rechazo a imposiciones y signo de búsqueda de modos identitarios.

Los animales y su relación con el hombre, en procesos de reflexión moralizante, pero no por ello menos graciosos.

Otros aspectos encontrados en manifestaciones humorísticas de otras regiones, curiosamente no aparecen en el Táchira, como la

burla a la autoridad, a las instituciones y a los estamentos que ejercen el poder político, no así del económico. Se burla al rico, pero no al gobernante. Al cura corrompido, pero no a la Iglesia ni a los santos. Se burla al patrón desalmado, no al funcionario que impone el orden. Al gobierno central que maltrata, no al caudillo que marcha a la guerra por sus ideas de redención regional.

En 1950, mientras Luis Felipe Ramón y Rivera recopilaba la oralidad tachirense, en la aldea La Colorada del municipio Ayacucho, un grupo de albañiles terminaban de reparar los daños que un rayo había causado al torreón de un antiguo trapiche. En su friso, uno de ellos dejaría grabada para la posteridad una graciosa despedida: “Adiós colorada bonita/ con sus salidas y entradas/ adiós muchachas bonitas/ adiós viejas arrugadas”.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alviz, M. (1992). *Rezoes y rezaderos del Táchira*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- Aretz, I. (1976). *Manual de folklore*. Caracas: Monte Ávila.
- Chiossone, T. (1977). *Léxico y refranero de nuestra tierra*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- Chiossone, T. (1980). *El lenguaje erudito, popular y folklórico de los Andes venezolanos*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- Durán, R. (1999). *Cultura tradicional del Táchira*. San Cristóbal: CONAC – FUNAMU.
- El Colonense* (1979). Edición especial. San Juan de Colón.
- Frazer, J. (1986). *La rama dorada: Magia y religión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, H. (2008). “Tradiciones de nuestra tierra”. *Sinopsis*, n.º 10, San Juan de Colón, Fundación Galería de Arte El Punto.

- Ramón y Rivera, L. (1961). *Folklore tachireense*. Tomos I y II. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- Ramón y Rivera, L. (1972). *Memorias de un andino*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- Sánchez, S. (2003). *San Cristóbal urbsquadrata*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.